

Nos encontramos ante una magnífica aportación desde la antropología personalista a la psicología, en concreto a aquella que quiera salir del reducido círculo de las descripciones puramente positivistas olvidando lo que trasciende la psique y el soma: nuestra realidad personal.

Esta obra colectiva está dirigida por tres de los autores personalistas más significativos de la historia del personalismo en España como son José Luis Cañas, Xosé Manuel Domínguez y Juan Manuel Burgos. Queriéndolo o no, tanto ellos como los autores que componen esta obra sinfónica continúan la línea de trabajo abierta por el precursor y continuador del personalismo en España, nos referimos, claro está, a Carlos Díaz. En la amplia bibliografía de Díaz nos encontramos una obra relativamente reciente publicada en el año 2011. Su título, *Logoterapia centrada en la persona*, ya nos indica la familiaridad con el que ahora reseñamos si bien la obra de Díaz tiene un carácter más sistemático al tratarse de un escrito de un solo autor. Estamos, por tanto, de enhorabuena los estudiosos de personalismo al contar con variados libros y autores en torno a una temática similar.

La obra que nos ocupa se divide en cuatro núcleos temáticos abiertos por una breve presentación de los editores ya citados y cerrados por un capítulo conclusivo. Los núcleos temáticos son:

1. Definición del “estado de la cuestión” sobre la psicología personalista
2. Fundamentación filosófica
3. Fundamentación psicológica
4. Aportaciones a la psicoterapia

Como se nos indica en la presentación, el libro recoge el trabajo del I Congreso Iberoamericano de Personalismo que tuvo lugar en julio de 2011 en la Universidad Galileo de Guatemala. La intención de dicho congreso y de la presente publicación es el proyecto de “fundación” de una psicología personalista. Cabe decir, respecto a esta honorable pretensión, que la idea ya tiene sus recorridos paralelos en el mismo mundo de la

medicina que, en el siglo XIX, sufre la crisis de las ciencias en general y de la propia medicina en particular. La gran marea de enfermos mentales que se encontraban desahuciados por una medicina excesivamente cosmopatológica o cientificista, daba lugar a una peculiar “rebelión”, la de unos pacientes que reclamaban un trato distinto: no ser estudiados como meros objetos carentes de valor, sino como personas con libertad, inteligencia y dignidad. A esta rebelión le sucedió lo que Pedro Laín Entralgo bautizó como “la introducción del sujeto en medicina”. Se inicia así lo que podíamos llamar una “medicina personalista” centrada no en enfermedades, sino en “personas que enferman”. En esta historia se revela la crisis de las imágenes del hombre que subyacen en cada modelo psicológico como bien muestra Juan Manuel Burgos en el capítulo “Personalismo y Psicología” (pp. 19-21). “Uno de los problemas que afronta la psicología contemporánea, nos dice Burgos, es la desconexión con una antropología sólida y amplia”. Efectivamente, el objetivo del nuevo enfoque es superar una antropología reduccionista, tan frecuente a lo largo de la historia del pensamiento. La pregunta fundamental a la que busca responder este libro es: ¿qué puede aportar el personalismo a la psicología actual? Interrogante al que responde Domínguez indicando cómo la solidez teórica del personalismo puede aportar como fundamentos antropológicos elementos tan importantes como: la diferencia entre persona, cosa y animal; una unidad sistémica de la persona; la descripción de la persona como vocación, etc. (p. 23).

El propio Domínguez insiste en la necesidad de partir de una idea del hombre de carácter sistémico y narrativo (otra coincidencia con la medicina “personalista” de inicios del XX) como medio para comprender las infirmitades, neologismo utilizado por el autor para referirse a los modos inadecuados de vivir como persona y, consecuentemente, precursores de enfermedad (p. 58). La clave de la información es la inautenticidad personal (p. 59) una temática con grandes resonancias orteguianas.

En relación con los fundamentos filosóficos de este nuevo enfoque, es fundamental el conocimiento de las bases filosóficas de sus autores. En esta línea el texto de Marco Tulio Arévalo analizando los referentes filosóficos de V. Frankl es una aportación imprescindible. Frankl y sus contemporáneos colegas médicos, no pueden entenderse al margen de grandes filósofos como M. Scheler, renovador de una antropología que precisaba superar los reduccionismos científicos de la época. Según demuestra Marco Tulio, Frankl ataca la tendencia cientificista que late en la ciencia natural de su tiempo (p. 79) y asume la metodología fenomenológica que le permite encontrar para la psicología la dimensión olvidada por los materialismos: la dimensión espiritual (p. 81). Como afirmará

el propio Frankl, “no hay ninguna psicoterapia sin una concepción del hombre y una cosmovisión del mundo”.

Por su parte el texto del profesor Sellés aborda el debate sobre a qué llamamos ciencia y cuál es el objeto de estudio de la psicología a la que denomina “ciencia filosófica”. Tras un detenido análisis concluye afirmando que el tema propio de la psicología es el movimiento vital de los sentidos, apetitos y facultades inmateriales humanas (p. 105). Tal objeto vincula a la psicología no tanto con los saberes biológicos, sino más bien filosóficos. Lo propio de la psicología es discernir entre un comportamiento natural y otro patológico (p. 104).

Ya en la sección segunda “desde la psicología”, Lucrecia Mollinedo estudia las aportaciones de la psicología humanista del XX y del propio pensamiento personalista, buscando sus puntos de encuentro (p. 109). Frente a la frecuente crítica que recibirá la psicología humanista (y también la filosofía personalista) de ausencia de validación empírica de sus propuestas y el cuestionamiento de sus conceptos y postulados, Mollinedo recuerda las palabras de Allport indicando que, tener un conocimiento pleno del ser humano implica tener en cuenta todos los conocimientos relativos al hombre, no solo la biología y la psicología, sino el arte, la historia, la filosofía... En definitiva, al ser personal singular y en su integridad (p. 121).

Pablo René se acerca a Frankl para clarificar su noción de espíritu y encontrar en su obra una respuesta a la pregunta sobre cómo responder al nihilismo contemporáneo (p. 123). Lo personal, nos dice René, se afianza en el diálogo entre el hombre y Dios, entre criatura y Creador (p. 130).

El texto sobre las bases antropológicas de R. Allers, de Felipe Miramontes nos permite recordar a un autor formado en la citada corriente “antropopatológica”. Allers, al igual que otros autores sensibilizados por la realidad del hombre como “sujeto”, se impregna del conocimiento filosófico: Husserl, Scheler, Tomás de Aquino, etc., para orientar su propio paradigma psicoterapéutico. La concepción existencial y antropológica de Allers se encuentra desarrollada con posterioridad en Binswanger, Minkowski, O. Schwarz y Frankl entre otros. Allers, nos dice Miramontes, propone una psicoterapia que ve al hombre desde su existencialidad, más allá de la enfermedad.

Dentro de un estudio sobre personalismo y psicología no podía faltar la referencia a la dimensión relacional de la persona y, en consecuencia, la realidad familiar. Es el objeto que ocupa la ponencia de Charo

González. Además de indicar las referencias filosóficas fundamentales, González muestra las aportaciones de la perspectiva personalista para la terapia familiar (p. 156).

La tercera sección “desde la psicoterapia” aborda dos núcleos temáticos como son la vulnerabilidad y el sentido de la vida. El primero de ellos, a cargo de Inés Riego, presidenta del Instituto Mounier de Argentina, nos permite detenernos en un rasgo clave de la vida humana como es la vulnerabilidad, tan presente en el fenómeno de la enfermedad. Desde el personalismo, Riego de Moine recorre los autores que han leído la vulnerabilidad en clave salvífica. Una lectura muy interesante para recuperar la esperanza en el ámbito terapéutico.

Por su parte Efrén Martínez indaga en el sendero de la logoterapia o el sentido de la vida como estrategia de afrontamiento. Nos recuerda las palabras de Frankl un tanto críticas ante ciertas terapias que, suprimen neurosis, pero dejan al paciente ante un vacío existencial (p. 180).

Continuando la reflexión sobre la logoterapia, Ana M<sup>a</sup> Ozcáriz, tras evidenciar el gran desconocimiento de la logoterapia entre los profesionales de la psicología actual, desarrolla en su capítulo una propuesta de integración de la logoterapia con otros modelos psicoterapéuticos.

La obra se cierra con un capítulo del profesor Cañas en torno a la fundación de la psicología personalista o, en otros términos, un enfoque de las ciencias humanas (CCHH) y de la psicología desde y para la persona. Dicho proyecto, a juicio de Cañas, pasa por responder a tres cuestiones esenciales: la primera, qué ha pasado y que está pasando en las CCHH desde su fundación; la segunda, cuál es el estatuto epistemológico de la psicología actual; y la tercera, si es posible una psicología personalista hoy (p. 192). De forma clara y breve, desgana en sucesivas páginas la respuesta a estas cuestiones. Cañas, apoyado en otros autores, advierte de la necesidad de restablecer un fundamento de los saberes sobre una antropología o una idea del hombre (p. 194). Tal pretensión es idéntica al programa humanizador de Scheler que tanto influyó en aquellos médicos de la época que, ante la crisis de las ciencias experimentales, buscan la refundación de la medicina sobre los firmes pilares de la antropología. Así, Von Krehl afirmará con gran acierto: “No existen enfermedades, sino personas que enferman (o enfermedades en personas)”.

Deseamos buen éxito a esta corriente que vuelve a incidir en la re-humanización de los saberes experimentales. Esperamos que, en estudios posteriores, no falte, como en este, una mirada retrospectiva a los autores que ya intentaron, no tanto una psicología, pero sí una medici-

na centrada en la persona, como es el caso de V. Von Weizsäcker y el Círculo de Viena de medicina interna con O. Schwarz a la cabeza. Estos autores, conscientes de la unidad de lo humano, descubren la parcialidad de diagnósticos y tratamientos exclusivamente orgánicos ante trastornos que pueden ser preponderantemente psíquicos, lo que obligó a ensayar diagnósticos desde el psicoanálisis y tratamientos de naturaleza psicoterapéutica. Unos y otros analizaban y trataban la vida de un paciente que más que objeto era sujeto o “persona”.

ANTONIO PIÑAS MESA